

BEATO FRAY JUNÍPERO SERRA (1713-1784), APÓSTOL DE SIERRA GORDA Y CALIFORNIA

El 28 de agosto celebramos la fiesta del Beato Junípero Serra, probablemente el misionero más tenaz que haya pisado tierras mexicanas. A él se debe, entre otras cosas, la fundación de las misiones de la Alta California, un territorio prácticamente inexplorado hasta bien entrado el siglo XVIII. La biografía de este fraile franciscano todavía nos impresiona hoy en día, y es digna de ser recordada:

El 24 de noviembre de 1713 nació en Petra, en la isla de Mallorca, del matrimonio formado por Antonio Serra y Margarita Ferrer, un niño a quien se le impuso en el bautismo el nombre de Miguel José. Vino al mundo en el humilde hogar de una familia de modestos labradores, honrados, devotos y de ejemplares costumbres. Ellos eran analfabetos, pero trataron de dar a su hijo una mejor formación, llevándolo a la escuela del convento franciscano de San Bernardino. En su pueblo el muchacho aprendió las primeras letras e hizo grandes progresos en su formación, por lo que pronto lo encaminaron hacia la ciudad de Palma para cursar estudios superiores.



A la edad de 15 años empieza a asistir a las clases de filosofía en el convento de San Francisco de Palma y, sintiéndose llamado por la vocación religiosa, al año siguiente viste el hábito franciscano en el convento de Jesús, extramuros de la ciudad. El 15 de Septiembre de 1731 emite los votos religiosos, cambiando el nombre de Miguel José por el de Junípero.

Cursa con gran brillantez los estudios eclesiásticos, e inmediatamente lo encontramos dictando clases de filosofía en el convento de San Francisco. Su tarea docente en San Francisco duró de 1740 a 1743, año este último en que pasó a ocupar la cátedra de Teología Escotista en la entonces famosa Universidad Luliana de Palma de Mallorca.

Cuando se había hecho acreedor de los mayores honores y aplausos, decidió dejarlo todo para seguir la vocación misionera. En 1749 estuvo predicando la cuaresma en su pueblo natal, y cuando ya la estaba terminando le llegó la noticia de que le habían sido concedidos todos los permisos necesarios para trasladarse al Colegio de Misioneros de San Fernando, situado en la Ciudad de México. Fray Junípero había ocultado siempre a sus padres su vocación misionera, y, terminada aquella cuaresma, se despidió de ellos sin notificarles su próxima partida hacia América, para no apenarlos.

Tras una larga y peligrosa travesía de 99 días, llegó a Veracruz en noviembre de 1749. Con otro compañero hizo a pie todo el trayecto, unas cien leguas, hasta el Colegio de Misioneros de San Fernando en la capital de México. Durante el trayecto, por causa de la picadura de un insecto, se le formó una llaga en la pierna que le sería molesta compañera hasta la muerte.

A los seis meses de su llegada lo vemos ya enrolado en un grupo de voluntarios camino hacia el corazón de la Sierra Gorda, en donde inicia su brillante carrera misionera. Ocho años estuvo en aquellas inhóspitas tierras, donde tantos otros habían fracasado. Su historial fue muy diferente. Siempre infatigable y emprendedor, aprende la lengua nativa. Enseña a cultivar la tierra. Monta granjas y talleres. Inicia a los indios en los rudimentos de las ciencias, de las artes y en el comercio. Les instruye particularmente en los principios doctrinales de la fe católica.

Fue tal la transformación realizada en aquella zona montañosa que, de un erial infructuoso, sus valles se transformaron en fecundo vergel, y sus ariscos habitantes quedaron convertidos en sociables ciudadanos, instruidos en los diferentes campos de la actividad humana de aquellos tiempos.

En plena euforia de sus trabajos en Sierra Gorda, en 1758 es requerido para ocupar las misiones de Texas, devastadas por los apaches, quienes habían flechado a sus misioneros. Acepta contento, aun siendo consciente de que se expone a sufrir el martirio. Pero Dios le tenía reservado otro campo muy distinto, pues finalmente no se llevó a cabo el proyecto para el que habían recurrido a Fray Junípero, y éste, al quedar libre de otras obligaciones, se dedicará durante casi una década a dar misiones populares por todo el territorio de la Nueva España, poniendo de manifiesto sus grandes cualidades pastorales y oratorias.

Por aquel tiempo se suprimieron los Jesuitas en todos los territorios españoles y, en consecuencia, quedaron desocupadas, entre otras, las misiones de la Baja California. En 1767 el gobierno del Virreinato encargó a los franciscanos llenar ese vacío, y de nuevo tenemos al P. Serra como voluntario al frente de una expedición de dieciséis religiosos, que se embarcan hacia Loreto, Baja California. Fray Junípero, en cuanto toma posesión de su cargo, elabora planes, distribuye el personal y visita varias misiones en el vasto territorio encomendado.

Transcurrido un año en este ministerio, llegan noticias de que los rusos, partiendo de Alaska, pretenden ocupar la costa oeste del norte americano. Para adelantárseles, el Virrey Marqués de Croix encarga al Visitador General D. José de Gálvez que organice una expedición para la colonización de aquellas tierras. Pero Gálvez ya sabe que tiene que contar con un personaje clave e imprescindible para el feliz éxito de la empresa: el P. Junípero Serra.



El primero de Julio de 1769 llegan al puerto de San Diego y, mientras las tropas izan la bandera de España y levantan el campamento, el P. Serra enarbola la cruz y funda la primera misión en la Alta California. Se reanuda la marcha siguiendo el rumbo prefijado, y tan pronto como llegan a Monterrey, Fray Junípero se instala junto al río Carmelo, donde funda la segunda misión, misión que se convirtió en su residencia habitual, de la que partiría tantísimas veces para ensanchar las fronteras de la conquista espiritual de los hasta entonces aislados y desconocidos pobladores de California.

Las mayores dificultades que encontró el P. Serra en el desarrollo de su tarea misionera, y las que más le hicieron sufrir, fueron las incomprensiones y la falta de ayuda por parte de los gobernadores de California. La acción de los misioneros estaba supeditada al poder civil y militar, por lo que más de una vez los frailes se vieron oprimidos o limitados por los intereses y caprichos de quienes tenían otros ideales.

No obstante sus achaques y las incomodidades de los viajes, Fray Junípero tomó en octubre de 1772 el camino hacia la Ciudad de México, para tratar allí la marcha de las misiones y solucionar las impertinentes y molestas discrepancias habidas con el gobernador de California. El Virrey D. Antonio María Bucareli recibió con afecto singular al celoso misionero. Escuchó sus razones y quedó persuadido tanto de sus argumentos como de su celo y santidad. Serra actuaba con tal entusiasmo y firmeza, que no sólo convenció y salió airoso de sus gestiones, sino que además pudo volver a sus misiones cargado con abundantes alimentos, telas y utensilios de toda clase.

Ya habían sido fundadas las misiones de San Diego, San Carlos en Carmelo, San Antonio, San Gabriel y San Luis Obispo; a partir del regreso de Serra a California en 1774 se establecen las de San Francisco, San Juan de Capistrano, Santa Clara y San Buenaventura. Además, se inicia la fundación de Santa Bárbara, que el P. Serra no llegó a ver coronada porque le visitó antes la hermana muerte.

Miles y miles de kilómetros recorrió en su fecunda vida, cojeando y valiéndose de un bastón, para visitar las misiones y estar con sus hermanos los misioneros. A todos escucha y atiende. Se hace cargo de cada situación concreta. Busca y presenta acertadas soluciones. Da nuevas orientaciones y consejos acertados. Predica, bautiza, confirma, confiesa y aún le queda tiempo, para él el más precioso, en el que se ocupa de los problemas y necesidades de la población.

Aquel hombre de temperamento fuerte y de carácter firme, pero afable, de dotes singulares y de ambiciosas iniciativas, nunca cedió ni jamás retrocedió. Suya es la frase, en una de sus innumerables cartas, escrita en su lengua materna, el catalán: “¡Passar avant y nunca retrocedir!” Solamente la muerte lo pudo detener, ocurrida el 28 de Agosto de 1784, en la Misión de San Carlos Borromeo, junto al río Carmelo, cerca de Monterrey.

El 25 de septiembre de 1988, el Papa Juan Pablo II, que había visitado la tumba de Fray Junípero en la Misión de San Carlos, lo beatificó solemnemente en Roma.

Pablo Cirujeda

(Biografía basada en los siguientes textos: “Fr. Junípero Serra, civilizador de las Californias” de Pablo Herrera Castillo, y “Fray Junípero Serra” de Salustiano Vicedo, o.f.m.)